

## CAPITULO XXIX.

### EL DON DE CIENCIA.

SUMARIO.—Lo que es el don de ciencia.—Obra sobre el entendimiento.—Diferencia entre el don de ciencia, la fé y la ciencia natural.—Palabras de Donoso Cortés.—El don de ciencia hace discernir con certidumbre lo verdadero de lo falso y preserva de los sofismas del error.—Obra sobre la voluntad y nos preserva de las fascinaciones mundanas.—Desarrolla y ennoblece todas las ciencias.—Pasaje de Donoso Cortés.—El don de ciencia es hoy más necesario que nunca.—Opuesto al espíritu de cólera.—Pruebas de esta oposicion.—El don de ciencia, principio de paz universal.

Ablandar la dureza del corazon y comunicarle una sensibilidad exquisita para todo lo que debe amar; infundirnos filial sumision y afeccion respecto á Dios; hacernos fraternalmente compasivos, dulces, afables, indulgentes para con el prójimo; matar la envidia y los celos, elementos destructores de la felicidad y la concordia; formar entre el cielo y la tierra, como entre todos los hombres, el gran lazo social de la caridad; tales son los efectos generales del don de ciencia. No menos precioso, ni menos necesario es el don de ciencia: basta darlo á conocer para probar este aserto. De aquí nuestras tres cuestiones: ¿Qué es el don de ciencia? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál su necesidad?

1.º ¿Qué es el don de ciencia? *La ciencia es un don del Espíritu Santo, que perfecciona el juicio y nos hace discernir con certidumbre, en las cosas espirituales, lo verdadero de lo falso y el bien del mal* (1).

1. (Donum scientiæ) est habitus infusus, á gratia fluens, quo homo á Spiritu Sancto movetur ad habendum certum et rectum

Decimos *que perfecciona el juicio*. Los dones de temor y de piedad obran principalmente sobre la voluntad. Esta, ciega por naturaleza, reclama una direccion, sea para temer, sea para amar; y nó puede recibirla más que del entendimiento. Pero nuestro entendimiento está envuelto en tinieblas, sujeto á mil ilusiones y expuesto sin cesar á ser víctima del error. Evidentemente, su primera necesidad es una aptitud seria para discernir lo verdadero de lo falso, aptitud que, haciéndonos apreciar las cosas en su justo valor, fija con certidumbre la medida de nuestras afecciones y temores. ¿Quién satisface esta primera necesidad? El don de ciencia.

Este don no es ni la ciencia divina en sí misma, ni la fé; ni la ciencia natural. No es la ciencia divina, en el sentido de que este don aporte al alma la plenitud de todos los conocimientos: pero si no es la ciencia, es un medio necesario para obtenerla. En efecto, comunica al entendimiento un impulso, un vigor, una extension, una aptitud, que lo hace capaz de conocer del modo que Dios conoce, por una simple vision (1). De aquí nace una gran facilidad para aprender la verdad y razonar de ella. De aquí tambien un discernimiento seguro para distinguir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto, lo sólido de lo imaginario, lo real de lo que solo es aparente.

judicium de his quæ sunt fidei, ad discernendum credenda á non credendis, absque omni discursu per causas secundas sive creatas, et quo habet certum judicium circa agenda, ut nullo modo deviet á ratione justitiæ. Et hæ dicitur scientia sanctorum, de qua Sap. x. *Justum deducit Dominus per vias rectas, et dedit illi scientiam sanctorum.* Vig., c. xiii, pár. 3.

1. Divina scientia non est discursiva vel ratiocinativa, sed absoluta et simplex: cui similis est scientia quæ ponitur donum Spiritus Sancti, cum sit quædam participata similitudo ipsius. *S. Th., 2 2, q. 9, art. 1, ad 1.*

No es la fé; pero la perfecciona, como todos los dones del Espíritu Santo perfeccionan las virtudes teologales (1). Por la fé se conoce la verdad y se le presta consentimiento. Por el don de ciencia se conoce la verdad más claramente, se la apoya con más sólidas razones, se afirma más á conciencia, *rationabile obsequium*, se defiende más victoriosamente y se predica con más eficacia. El don de ciencia nos hace llegar á esta perfeccion por el estudio de las cosas criadas, de las que forma una vasta síntesis y como una escala de luz que nos eleva hasta Dios.

Para el cristiano enriquecido con el don de ciencia, el universo es un libro escrito por dentro y por fuera. Por encima de los cuerpos y de sus propiedades, por encima de las proporciones químicas de los elementos que los componen, ve lo que hay oculto, á Dios, al Dios poderoso, al Dios sábio, al Dios bueno, que lo hace todo con número, peso y medida y lo dirige todo á un mismo fin: oye lo que de otros no es oído, el concierto armonioso de los séres, que cantan, cada uno á su modo, las alabanzas de su autor (2).

No es la ciencia natural. El hombre, con el trabajo de su razon, puede llegar á juzgar con certidumbre de ciertas verdades; es decir, que la ciencia humana se adquiere por el raciocinio y la demostracion. Pero Dios juzga con certidumbre de la verdad, sin razonamientos ni discursos, por simple intuicion; y lo propio le pasa, dentro de ciertos límites,

1. Omnia dona ad perfectionem theologiarum virtutum ordinantur. *S. Th.*, 2. 2, q. 9, art. 1, ad 3.

2. Cum homo per res creatas Deum cognoscit, magis videtur hoc pertinere ad scientiam, ad quam pertinent formaliter. *Ibid.*, art. 2, ad 3.—Liber pulcherrimus, intus et foris depictus, est creaturarum universitas, in quo Dei perspicua habetur notitia... Tot audientium audit voces quot creaturarum intuetur species. *S. Laurent.*, *De casto connub.*, c. xix.

al hombre dotado del don de ciencia (1). De ahí proviene una enorme diferencia entre el sábio que no tiene el don de ciencia y el cristiano que lo posee. Con la cabeza llena de álgebra, como dice el conde de Maistre, tiene el primero una ciencia, penosa en su marcha, incierta en sus afirmaciones y estéril en sus resultados.

Bien diferente es la ciencia del segundo. Con libertad en sus procedimientos y dotado de aquella mirada segura que debe al Espíritu Santo, distingue sin trabajo entre la verdad y el error. Es una ciencia neta en sus afirmaciones. La historia de la razon privada del don de ciencia, es un libro de partida doble. La primera página dice, sí: la segunda dice, no: resultado, cero. Repasad todas las escuelas de la antigüedad pagana: ¿en cuál de ellas encontrareis una afirmacion firme, una de esas afirmaciones que se sostienen á costa de la vida? Pero recorred esos mismos países despues de la difusion del Espiritu de ciencia. Por todas partes oireis afirmaciones firmes, inquebrantables, vencedoras del sofisma y de la espada.

Al modo que en el centro del sistema planetario veis al sol radiante de luz, así en el centro del mundo cristiano vereis un magnífico cuerpo de doctrina compuesto de doce artículos, y despues vereis tambien á los más brillantes ingenios, que aplicando aquellas verdades á todos los estudios materiales, sociales y políticos, componen la gran síntesis de la ciencia católica á que la humanidad cristiana debe bajo todo aspecto su evidente superioridad.

Es una ciencia inmensa en su extension. La ciencia del sábio *ordinario*, igualmente que la razon que es su principio y su guia, es limitada en su objeto. El mundo sobrenatural, es decir, más de la mitad del dominio científico, se

1. *S. Th.*, 2. 2, q. art. 1, ad 1.

le escapa ó no le ve sino al través de oscuras nubes. Con algunas verdades penosamente enlazadas en forma de sistema, podrá formar algunos sábios en ramos especiales; pero un verdadero sabio, jamás: siempre le faltarán la profundidad y la síntesis. La profundidad: esa ciencia ve las superficies y las aplicaciones materiales de las cosas; pero el *quid divinum*, que se oculta en la brizna de yerba no menos que en el sol, ni lo sospecha siquiera, como no sospecha las aplicaciones morales á que da lugar. La síntesis: como no conoce de modo alguno, ó solo conoce muy imperfectamente á Dios, al hombre, al mundo y sus mútuas relaciones, es incapaz de enlazar, como se necesita, los conocimientos del órden inferior con las verdades del órden superior y de dar á sus trabajos un carácter de verdadera utilidad.

Es una ciencia fecunda en sus resultados. El más hermoso resultado de la ciencia es conducir el hombre á su fin. Pues bien, la ciencia humana no ha enseñado nunca á nadie, ni enseñará jamás á ninguno de una manera cierta, cuál sea ese fin y cuáles los medios que á él conducen. Mas el don de ciencia no solo engrandece todas las ciencias humanas y las coordina, sino que además ha dotado al mundo de una ciencia cuyo nombre mismo fué desconocido de las academias paganas, de una ciencia que ella sola hace más servicios á la sociedad que todas las otras juntas. Hablamos de la ciencia de los santos, *scientia sanctorum*.

Efectivamente, la ciencia de los santos es entre todas la más magnífica, la más extensa, la más útil, la única necesaria, la única que hace progresar verdaderamente á la humanidad, la única á que necesariamente se refieren, so pena de corromperse, todas las demás ciencias sociales, filosóficas, naturales y matemáticas. ¿Y por qué es así? Por-

que la ciencia de los santos es la única que está llena de verdad y solo de verdad, verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo.

Para disipar una ilusion, que muchas veces engendra una admiracion funesta, acabemos de marcar la diferencia que existe entre un entendimiento rico del don de ciencia y otro que no lo tenga. "La disminucion de la fé que produce la disminucion de la verdad, dice Donoso Cortés, no lleva consigo forzosamente la disminucion, sino el extravío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no las niega la vida; las condena al error, mas no á la muerte. Por eso todos hemos visto pasar delante de nuestros ojos esos siglos de prodigiosa incredulidad y de altísima cultura, que han dejado en pos de sí un surco, ménos luminoso que inflamado en la prolongacion de los tiempos, y que han resplandecido con una luz fosfórica en la historia. Poned, sin embargo, en ellos vuestros ojos; miradlos una vez y otra vez, y vereis que sus resplandores son incendios y que no iluminan sino porque relampaguean. Cualquiera diria que su iluminacion procede de la explosion súbita de materias de suyo oscuras, pero inflamables, más bien que de las purísimas regiones donde se engendra aquella luz apacible, dilata suavemente en las bóvedas del cielo, con soberano pincel, por un pintor soberano.

"Y lo mismo que aquí se dice de las edades, puede decirse de los hombres. Negándoles ó concediéndoles la fé, les niega Dios ó les quita la verdad: ni les da ni les quita la inteligencia. La de los incrédulos puede ser altísima, y la de los creyentes humilde. La primera, empero, no es grande, sino á la manera del abismo; miéntras que la segunda es santa, á la manera de un tabernáculo, en la primera ha-

bita el error, en la segunda la verdad. En el abismo está, con el error, la muerte; en el tabernáculo, con la verdad, la vida. Por esta razón para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad, por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos (1)."

Después de haber considerado el don de ciencia en sí mismo, para conocerlo mejor, falta estudiarlo en sus efectos.

2º ¿Cuáles son los efectos ó las aplicaciones del don de ciencia? El ignorante ve la superficie de las cosas; el sabio ve el fondo. El ignorante se deja fascinar; no así el sabio que lo pesa y lo mide todo. De este modo el primer efecto del don de ciencia es, según lo hemos indicado, hacernos discernir con certidumbre lo verdadero, de lo falso, lo sólido, de lo imaginario, lo verdadero, de lo aparente. El cristiano que lo posee, comprende intuitivamente la falsedad de las objeciones de la impiedad contra la religión. Estos ataques, lejos de quebrantar su fé, le mueven á despreciarlos y le causan fastidio y horror. Para él, el hombre á quien el cristianismo sacó de la barbarie, de la idolatría, de la esclavitud, y que después niega el cristianismo, el que insulta ó deja insultar al cristianismo, el que se avergüenza del cristianismo, el que abandona el cristianismo, es entre todos los seres el más vil y el más odioso; porque es el más ingrato y el más culpable.

Contra el criterio recto y seguro de que está dotado, se estrellan, por más enmascaradas que vengan, las sutilezas de la mentira y argucias del sofisma. Este discernimiento no solo vence de los sofismas del incrédulo; también resis-

1. *Ensayo, &c.*, lib. I, cap. 1.

te á los sofismas del mundo. El verdadero católico, dirigido por el Espíritu de ciencia, ve con claridad dos cosas que nadie ve sino él.

La primera es la nada de [todo lo que el mundo busca y ama. Cual ciego que ha recobrado la vista, con su mirada divinamente iluminada, penetra á fondo la vanidad de las riquezas, honores y placeres: con igual seguridad que si se tratara de una verdad matemática, comprende que todas estas cosas reunidas no pueden contentar un alma inmortal criada para Dios, á la manera que el aire no puede saciar el hambre de una bestia de carga. Para él no hay palabra más verdadera que este grito de desesperación del más sabio y más venturoso de los reyes: "Vanidad de vanidades y todo vanidad y afición de espíritu (1)."

La segunda es la admirable hermosura, grandeza y utilidad de todo lo que el mundo teme y tan cuidadosamente rehuye. A la luz del don de ciencia conoce la perfecta armonía de la humillación, de la pobreza y del sufrimiento con las necesidades del hombre caído. Recibe todo eso como un enfermo recibe el remedio que debe salvarlo de la muerte y devolverle la salud, como un negociante recibiría al cliente que viniera á ofrecerle en cambio de algunas bagatelas tesoros inamisibles. Su divisa es la palabra de San Pablo: "Todo lo que antes me parecía ganancia, lo he reputado como pérdida por causa de Jesucristo. Y en verdad, todo lo tengo por pérdida por el conocimiento eminente de Jesucristo mi Señor, por cuyo amor he resuelto perder todas las cosas y las tengo por basura con tal que gane á Cristo (2)."

El segundo efecto del don de ciencia es obrar sobre

1. *Eccl.*, I, ver. 14.

2. *Philipp.*, III, 7, 8.

la voluntad y poner sus actos en armonía con las luces del entendimiento. En el cristiano animado del don de ciencia, el odio del error, de la herejía, de la incredulidad, del racionalismo, no es una ciencia especulativa. Con la vigilancia que ejerce sobre sí mismo, con su apartamiento de toda lectura, de toda conversacion anticatólicas, con el ejemplo, la oracion y demás medios que tiene á su alcance, opone una barrera á las bestias feroces que talan el campo de la verdad.

Tales son las disposiciones de todos los justos, es decir, de todos los hombres que están en gracia. Dios añade en favor de algunos la facultad superior de comunicar la ciencia por la palabra; que es lo que San Pablo llama el discurso de la ciencia: *sermo scientiæ*. El discípulo del Espíritu Santo, á quien se le ha concedido ese sublime discurso, emplea su voz y su pluma, no solo en defenderse, sino en defender á sus hermanos. Vigilias, estudios, gastos, fatigas, todo lo da su celo por bien empleado. Así es como á la ciencia que mata, opone él la ciencia que vivifica.

Igual conducta observa respecto á las fascinaciones mundanas. Si la nada de los honores, riquezas y placeres le inspira desprecio, el peligro que ofrecen le hace coger aversion á todo lo que el mundo estima. Es como uno que viajando de noche, tropieza en una pesada bolsa: la coge y se cree feliz pensando haber hallado un tesoro; pero al hacerse de día ve que la bolsa está llena de pedazos de cristal y de reptiles venenosos, y la arroja léjos de sí con indignacion.

¡Cómo compadece á esa turba tumultuosa que se llama el mundo! ¡A esos pobres insensatos, que se consumen persiguiendo fantasmas y tegiendo telarañas, que se irritan por una injuria y se anonadan por una enfermedad ó por un revés de fortuna! Pero él, contento con la posicion en que

la Providencia lo ha colocado, no tiene deseo alguno de salir de ella. Si es pobre, despreciado y perseguido, se encuentra feliz por parecerse á su divino hermano, el Verbo encarnado; si tiene riquezas, no permite que se apeguen á ellas ni su pensamiento ni su corazon. Y aún muchas veces, por uno de esos actos de sublime locura, levanta entre sí y los peligrosos y falaces bienes de esta vida la barrera infranqueable de los tres votos de castidad, pobreza y obediencia.

El tercer efecto del don de ciencia es irradiar sobre todas las ciencias humanas, orientarlas, fecundizarlas, ennoblecerlas y darles firmeza. Solo el sábio cristiano afirma; los filósofos paganos no afirmaron nada. La afirmacion es de origen cristiano. Es privilegio exclusivo del Espíritu de ciencia hacernos conocer científicamente el fin del hombre y del mundo, la naturaleza y armonía de los séres: pues bien, sin este conocimiento preliminar no existe ninguna ciencia. Por esto se lee en nuestros libros santos: "Vanos son, es decir, sin solidez de entendimiento ni de corazon, todos los hombres en quienes no existe la ciencia de Dios (*Sap. XIII, 1*)." Charlatanes mudos, añade San Agustin, *loquaces muti*, llenos de palabras y vacíos de ideas.

A su vez, Proudhon en sus *Confesiones de un revolucionario*, escribe estas palabras: "Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología." Sobre lo cual Donoso Cortés dice así: "Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de Mr. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las ciencias, así como Dios es el océano que contiene y abarca todas las cosas (1)." Pero la teología supo-

1. *Ensayo*, &c., lib. 1, cap. 1.